

ROBINSON.—¿Te vas a encontrar con Plátano?

VIERNES.—(*Con una gran risa de felicidad*) ¿Cómo adivinaste, amo?

Puerta que se cierra. Silencio y juego Leit-motiv apenas audible. Bruscos pasos, click del teléfono.

LOCUTOR.—(*Sobre el ruido de la acotación*) La noche del mismo día...

ROBINSON.—El gerente, por favor. (*Breve pausa*) Crusoe, sí. He estado leyendo el programa. / Desde luego, excelente. / Pero yo quisiera ver algunas cosas en el programa. / Por ejemplo, el rascacielos que han construido en el lugar donde estaba mi cabaña. / De acuerdo, trate de averiguar en seguida. / ¿Me están esperando? Bajo en seguida.

Leit-motiv. Se oyen intercaladamente, frases típicas de los guías que explican monumentos, la voz de Robinson que agradece, luego música popular y estridente, las voces y las risas de Viernes y de Plátano en una fiesta, ruido de besos, muchachas que ríen y cantan. Progresivamente vuelta al leit-motiv melancólico, frases protocolares, brindis, explicación de un monumento, breves comentarios de Robinson.

LOCUTOR.—(*Sobre el ruido de la acotación*) Poco después en el hotel...

VIERNES.—Buenos días, amo. ¿Has descansado bien? No se diría, tienes cara de haber dormido poco.

ROBINSON.—Así es, dormí muy mal después de la última visita.

VIERNES.—No era así en los tiempos de la cabaña, me acuerdo de que dormías tan bien como yo, que soy un plomo, y que una vez me dijiste que casi nunca soñabas.

ROBINSON.—Es verdad... Casi nunca soñaba, había tanta paz en torno a mí...

VIERNES.—Pero la soledad te pesaba, sin embargo. Me dijiste que mi llegada te salvó de la melancolía.

ROBINSON.—Sí, era duro vivir solo en la isla, Viernes. No era posible que mi destino fuera ese, y sin embargo empiezo a creer que hay soledades peores que la de estar simplemente solo. Dame otro poco de café, Viernes, ¿sabes?, ayer por la tarde me llevaron a ver el rascacielos.

VIERNES.—¿Fuiste con Nora, amo?

ROBINSON.—No, con un funcionario especialista en construcciones. Me dijo que el edificio era un modelo casi insuperable, y le creo. Pero a mí me pareció igual que los de Londres, igual que todos los edificios ahora. La gente entraba y salía como si no se conociera, sin decirse palabra, apenas saludándose en los ascensores o en los corredores.

VIERNES.—¿Por qué esperabas otra cosa, amo? Tú mismo lo dices, aquí es lo mismo que en Londres o Roma. La isla sigue desierta, si puedo hablar así.

ROBINSON.—(*Después de una pausa*) La isla sigue desierta... Tal vez tienes razón. Mi isla sigue desierta, mucho más desierta que cuando el mar me vomitó en la costa...

VIERNES.—Es difícil imaginarlo, amo. Plátano me explicó que la isla tiene dos millones y medio de habitantes, y el gobierno ya se está ocupando del control de nacimientos.

ROBINSON.—(*Irónicamente*) Desde luego, todo termina en eso, es la única solución que son capaces de imaginar. Y entre tanto hay dos millones y medio de hombres y

de mujeres que se desconocen entre sí, de familias que son otras tantas islas. Como en Londres, claro. *(Pausa)* No sé, acaso aquí hubiera podido ser distinto....

VIERNES.—¿Por qué amo? ¿Por qué aquí y no en Londres o Roma?

ROBINSON.—No lo sé, Viernes, era como una esperanza vaga cuando decidí volver a pesar de todo lo que me decían. Estúpidamente pensé, ahora lo veo, que éste podía ser el lugar donde mi soledad de antaño se viera reemplazada por su contrario, por la inmensa maravilla de sonreírse y hablarse y estar cerca y hacer cosas juntos...Pensé que el libro habría servido para algo, para mostrar a la gente el pavor de la soledad y la hermosura de la reunión, del contacto... ¿Tú sabes, verdad, que el libro ha sido casi tan leído como *El Quijote* o *Los tres mosqueteros*? Bien podía yo hacerme algunas ilusiones, pero ya ves...

Golpean a la puerta.

VOZ DE UN EMPLEADO DEL HOTEL.—La señora St. John espera abajo, señor Crusoe.

ROBINSON.—¡Nora! *(Pausa)* Dígale que bajo en seguida. *(Pausa)* Dame el completo gris, Viernes. Corbata azul. ¡Apúrate, hombre! Fíjate si mis zapatos negros están bien lustrados.

VIERNES.—Sí, amo *(Risita)*.

Música de sordina del hotel, rumores del lobby. Tintineo de hielo en las copas.



Julio Cortázar (Foto: Colette Portal)